

otras ocasiones. Julián le esperaba en la parte trasera, junto a la huerta, donde empezaba propiamente el campo. Allí nacía un sendero que se perdía al fondo por los Canchos, la zona prohibida, el paraje de alta tensión. Nunca se habían atrevido a internarse por ese vericuetto que parecía sellado con una invisible malla metálica. En aquel punto comenzaba el territorio de los maquis, y a ambos les habían enseñado que penetrarlo significaba peligro de muerte. Aquella mañana, sin embargo, el calor pudo trastornarlos o, sencillamente, habían llegado al límite del aburrimiento. Estaban sentados en una cerca medio derruida de cara a los Canchos, mirando sin ver, tirando piedrecillas sin objetivo, y de repente Julián dijo a modo de comentario: «Vámonos a los Canchos.» Silverio le miró intentando descifrar si estaba tratando de probar su valor. «¿Qué quíeres decir?» Insistió: «Que nos vayamos a los Canchos». «Y si nos morimos o nos matan, ¿qué?», replicó Silverio con indiferencia, sin aparentar miedo alguno, a lo sumo un cosquilleo en la palma de las manos que resultaba incluso agradable. Julián le explicó entonces que durante mucho tiempo él había inspeccionado la zona desde su casa con unos viejos prismáticos de su padre, y que jamás había visto signos de gente, salvo una vez que vio pasar a un grupito de guardias civiles. Silverio se percató de que su amigo llevaba trajinándose esa idea desde hacía meses, pero no podía cumplirla en solitario. Julián entraría allí antes o después, era una tentación demasiado próxima aquel terreno seco y yermo, con brote de peñascales, alguna chumbera, matojos, un campo inmóvil, pacífico. No lograba comprender dónde podría estar la trampa mortal a la que se referían los mayores, qué peligrosidad se ocultaba en esos pedregales, qué significaba eso de los maquis, o si era verdad lo de las minas enterradas, o si es que había alguna otra amenaza monstruosa que no se atrevían a desvelar. También podía ocurrir que toda aquella historia no fuese más que un engaño mondo y lirondo, similar a otras tantas prohibiciones y deberes incomprensibles, como por ejemplo, tener que arrodillarse en misa cuando el cura comulgaba. ¿Qué sentido tenía hincarse de rodillas, que más le daría a Dios que estuviese arrodillado o de pie? Lo mismo que el rosario: ¿qué podría importarle a Dios, que estaba por encima de todas las vanidades y aburrimientos, que una persona se pasara todo el día llamándolo santo, grande, omnipotente? A Silverio se le venían a la cabeza, con frecuencia, este tipo de cuestiones de las que no se avergonzaba, e incluso preguntas más complicadas que a lo mejor eran blasfemias, pero que no podía apartar, y que se referían, sobre todo, a la eucaristía, a pesar de su escasa experiencia al respecto. Una cosa era la oración, algo intangible, en el aire, una comunicación cuya única incógnita era quién escuchaba y otra muy distinta la eucaristía, algo concreto, que se podía masticar, que había que tragar, y solía preguntarse si no era igual a lo que hacen los salvajes de Africa cuando se comen a las personas, ¿cómo se podía aceptar sin repugnancia el hecho de masticar a Dios? Pero había más. Una vez vio a una rata por detrás del altar de la catedral y pensó inmediatamente: «¿Qué ocurriría si al sacerdote se le cae una hostia al suelo y en ese momento pasa la rata y se la come? ¿Qué ocurre: esa rata lleva de verdad en su barriga a Jesús? Es demasiado abominable sólo pensarlo. Y si no es eso, ¿dónde queda el cuerpo de Jesús? Y si la rata lleva a Dios dentro, ¿qué habría que hacer con ella?» Nunca había consultado con nadie estas aberraciones, y le pareció que por primera vez había encontrado

a una persona con la que compartir tales congojas. El momento de iniciar aquella aventura de los Canchos poseía la suficiente solemnidad como para confesarle a Julián lo de la rata, a modo de última voluntad. Este se quedó absorto un buen rato. «Eso no puede ocurrir», dijo finalmente. Se sintió incomprendido una vez más, pero insistió. Julián era terrible. Acabó por contarle que cuando él hizo la primera comunión se sacó la forma de la boca, se la metió en un bolsillo sin que nadie se diera cuenta, y más tarde la enterró en una cajita, junto a la casa, al lado de donde estaban. Silverio se asustó. «Vamos a desenterrarla.» Julián no quiso ni oír hablar del tema y echó a andar por el sendero. Silverio miró en torno suyo por si alguien les estuviera viendo: gritó a su amigo, que ya había empezado la marcha, que tuviera cuidado con las minas. Al cabo de un rato la casa de los Zúñiga se había quedado muy pequeña y ellos ya no serían más grandes que conejos. Estaban hartos de zigzaguear para evitar las dichosas minas, así es que se pusieron a andar en línea recta observando que el terreno no era tan monótono como parecía. Estaba cuajado de matorrales, mimbreras, matojos, jaras, tomillo y de vez en cuando alguna encina enferma. El suelo sí resultaba muy pedregoso y polvoriento, pero nada indicaba peligro, si acaso la posibilidad de alguna víbora. A medida que avanzaban hacia arriba los canchales se iban haciendo desmesurados. Atravesaron un regato reseco enmarañado por las zarzas. Silverio sabía mirar la tierra, y fue así como descubrió un alacrán junto al pie de su amigo, que se detuvo lívido. «¿Lo cogemos?», le preguntó. Llevaba en el bolsillo una caja de parches de bicicleta. Julián afirmó con la cabeza, las piernas quietas. No era la primera vez que Silverio cazaba un alacrán y en ese momento vivía una excitación furiosa, porque aquél era un bicho que le atraía y le asqueaba en la misma proporción. Depositó la caja abierta en el suelo, tomó los dos palos más rectos que encontró, y se dispuso a prenderlo consciente de que un fallo podía suponer una picadura mortal. El alacrán escapaba a sus manejos revolviéndose en rápidos giros, no era fácil pillarle por el caparazón con tan elementales pinzas. Cuando con mucho esfuerzo, sudando ya copiosamente, pudo atenzarlo, la alimaña se agitaba escapando a la presa. Al fin logró sujetarlo bien, era el momento más peligroso pues había que depositarlo en la caja inmovilizándolo con los palos. Lo consiguió al primer intento en un derroche de agilidad, escupió varias veces sobre él y luego, entre grandes precauciones, acercó la tapa con la mano izquierda, la colocó sobre la caja y la cerró de golpe haciendo saltar la cola del alacrán, que se había quedado fuera, justo en el instante en que una gota de sudor le entró en el ojo derecho. Sentía la cabeza abrasada, lo que no le impidió agitar la caja como un trofeo, mientras se secaba la cara con el brazo. Julián callaba, consciente de que no hubiera podido hacer nunca nada semejante. «¡Pérsuco!», grito Silverio alzando el brazo orgullosamente. «¿Qué dices?», preguntó Julián. «¡Marúcala!», respondió Silverio en el mismo tono pletórico. Julián comprendió y se echó a reír: «¿Barístola?» «¡Pelisgando!» «Ortuezasco». «Fonifo». «Pomesilo». «Astigospe». Cada nueva palabra provocaba risotadas cada vez más intensas; no habían tenido necesidad de explicarse ninguna gramática. «Tronfalanda». «Jubampesci». «Prompotorro». «Torrocóler». Doblaban el espinazo de pura risa convulsiva, la mano taponando el vientre como si por allí se les fueran a salir las tripas. «Ralispónica». «Cuerniscondo». «Maróstina». «Zingusábigo». Tuvieron que dejarlo, porque les resultaba imposible dar un paso y jugar al mismo tiempo.

Siguieron la marcha en profundidad, hacia donde Julián había oído que los canchos formaban cuevas habitadas por bandoleros, contrabandistas, gente peligrosa. Se estaban arriesgando, al menos, a un secuestro. En ese caso, ¿estaría dispuesto el doctor Zúñiga a pagar el rescate por Julián y por él en un mismo lote? Un cable de electricidad cruzaba por allí inesperadamente, sostenido por postes de madera carcomida. No era extraño que Julián no hubiese avistado con los prismáticos ni rastro de vida humana en un lugar tan inhóspito. Aquel pajarraco negro que describía enormes círculos en el cielo sería, más o menos, un buitre. ¿A quién quería asustar el carroñero con aquel planeo aparatoso, si al final a lo mejor andaba tras un simple conejo en descomposición? «Raspiscato», dijo Silverio. «Baniferástico», respondió Julián.

Continuaron avanzando, ya cansados, con las sudadas camisetas pegadas al cuerpo, sin rastro de sombra bajo la que cobijarse. Julián señaló una mermada camisa de serpiente, de lucido dibujo grisáceo. «¡Mira!», gritó Silverio. Aquella debía ser la cueva Boquiqui. Había una oquedad medio enmascarada tras ramas y antipáticos matojos. Se metieron por allí con toda clase de precauciones, pues al término de aquella especie de pasillo podía aparecer desde un maqui hasta un monstruo prehistórico, aunque la presencia de bandoleros debía descartarse al no haberles dado nadie el alto. El corazón parecía querer romper el pecho en cada latido, y no era para menos, se encontraban en el momento culminante de la aventura, aliviados por el hecho de no encontrar ningún indicio o señal de vida. Silverio iba pensando en su madre y en Alí Babá y los cuarenta ladrones, pero pronto pudo comprobar que aquello no se asemejaba en nada al decorado del cuento. El gran espacio de la cueva constaba de dos compartimentos: en el primero no había sino polvo, telarañas y hormigas; en el de más adentro sí hallaron, pero no cofres con joyas ni tapices mágicos, sino esto: unos cuantos pedruscos a modo de asientos alrededor de lo que debía de haber sido una hoguera, reducida ahora a un montón de ceniza dispersa y un círculo de tierra ennegrecida; restos de colillas y dos paquetes de tabaco estrujados; varias latas de sardinas o de atún por las que transitaban algunos bichos escasamente entusiastas; un palo que podía haberse utilizado a modo de garrocha, y un trozo de papel chamuscado en el que era imposible leer algo. Siguieron inspeccionando y medio enterrado en el polvo halló Julián un casquillo de bala, vestigio cierto de un combate con pistolas. No encontraron nada más. Si bien no les había revelado ningún secreto ni tesoro, era una realidad que allí habían estado los maquis o los bandoleros, lo que le confería a la cueva Boquiqui una categoría histórica y, desde luego, una emoción a compartir entre ellos. Silverio no entendía por qué Julián pudo afirmar que no hacía mucho que los maquis habían estado allí: eso significaba que podían volver en cualquier momento, y la guardia civil tras ellos. Lo más excitante era pensar que en aquella tierra que estaban pisando se habían producido disparos de verdad, con balas de verdad, con casquillos y chamusquinas auténticos. «¿Quién sería el tal Boquiqui?», preguntó Silverio aún con el corazón en un puño. «Esta ha debido ser una cueva de bandoleros antiguos», dijo Julián, que adoptaba aires de detective, pero que jamás se molestaba en justificar sus afirmaciones: «Por aquí cerca tiene que haber agua, nadie puede vivir mucho tiempo en un sitio si no tiene agua cerca.» El sonido de aquella palabra les hizo volver a la realidad

de la boca de estropajo. «Vamos a buscarla», dijo Silverio. «Perniscópico», dijo Julián gravemente. «Aurispeloso», añadió Silverio algo menos solemne. «Alanco», sentenció Julián. Bajaron por la vertiente contraria a la que habían subido, donde la maleza parecía más intensa, verdeando incluso en ocasiones. No tardaron en dar, efectivamente, con un regato, si se podía llamar así a aquel hilo de agua estancada, tan oscura que no producía un solo destello. «Lo mismo está envenenada», dijo Silverio. A Julián habían dejado de preocuparle escrúpulos semejantes: se echó de bruces sobre la charca y logró recoger algo de agua marrón en el cuenco de sus manos sucias. Aquella cosa terrosa no sabía bien, pero era líquida, resbalaba fresca hacia adentro. No llegó a hartarse aunque sí consiguió que la saliva volviera a circular con un mínimo de fluidez, con lo que la lengua adquirió la agilidad suficiente como para silbar incluso. Mientras tanto, Silverio, que se limitaba a mojar la frente y el cuello, humedeció el pañuelo y se hizo con él un gorro de cuatro nudos. Julián terminó de empaparse el pelo y sólo en ese momento se dieron cuenta de que habían rozado una insolación.

Deambularon aún un rato por los alrededores, ya sin afán de búsqueda, cuando de pronto Silverio gritó obedeciendo a un presagio propiciado por una visión difusa: «¿Qué es aquello?» Corrieron y era cierto, Silverio había vislumbrado un trozo de espanto, algo así como media pierna de una persona, indistinguible enteramente porque estaba semioculta por los matorrales a dos metros del borde del regato. «¡Cuidado, Silverio!», gritó Julián advirtiéndole de la peligrosidad de aquella porción de carne o animal misterioso que podía abalanzarse sobre ellos. Tomaron toda clase de precauciones y a cada paso que avanzaban iba adquiriendo entidad un intenso olor a gato en putrefacción. «¡Es un muerto!», reconoció Silverio antes de que hubiera podido verlo por completo. Retiraron los rastros aguantando la pestilencia, y la imagen les hizo retroceder, mirar hacia otro lado manteniendo el raballo del ojo alerta. Aquella carne era una niña de edad similar a la de ellos, y no la hubieran considerado muerta si no llega a ser por la insufrible fetidez que penetraba directamente en el estómago, y por algún otro detalle como de muñeca rota. Por lo demás, la estampa era preciosa, con su vestido tableado y el cuerpo en una cuidada posición, boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho, igual que la efigie de una santa, y únicamente algo deshechos algunos bucles de su pelo rubio. Parecía expuesta en una urna. Pero fijándose con más atención, se descubría su boca una pizca torcida, el labio superior ligeramente montado sobre el inferior, algo así, pero no había sufrimiento en su expresión, sino perplejidad. Llevaba sandalias blancas, sin calcetines. Ninguno de los dos se atrevía a moverse y menos aún a tocar aquel cuerpo. Los pensamientos corrían en busca de explicaciones. Una brizna de hierba que se había posado en su frente de lejos podía parecer una cicatriz. «Lleva varios días muerta», dijo Julián muy bajo. «¿Quién será? ¿Quién era? ¿Quién será?», se repetía Silverio; tenía pinta de rica; entonces advirtió la amarillez de su rostro; no sólo es que fuera rubia, es que estaba amarilla, blanca, una extraña mezcla de color transparente sin que se transparentara, acaso ceniciento, y los labios no era rojos, sino azules, morados, otro color imposible. Silverio empezó a sentirse mal a medida que se fijaba en más detalles. Julián se limitaba a observar fijamente el cadáver, taponándose la nariz con los dedos. «¿La conoces?», dijo Silverio.

El otro negó con la cabeza. No era de aquí, ¿la habrían raptado los de la cueva Boquiqui? ¿le habría picado un alacrán? No tenía herida ni rastro de sangre sólo dejadez en el conjunto de sus miembros. Julián se agachó y le tocó las manos. «Están heladas», dijo mientras cubría con ramajos el cuerpo de la niña. Silverio temió hasta el último momento que aquella cara pudiera hacerle un guiño. Seguían allí de pie, como si internamente estuvieran recitando una oración fúnebre.

«Este será nuestro secreto», dijo Julián arrastrando lentamente las palabras. «Para siempre», añadió Silverio, estremecido.

—*Rochebud* —dijo Julián.

—*Rochebud* —dijo Silverio.

Llegaron a casa de los Zúñiga cuando ya todos habían terminado de comer y los padres de Julián se movían inquietos después de haber puesto en marcha algunos recados de búsqueda. Resultaba una incógnita predecir el grado de disgusto de los mayores: a veces pequeñas cosas daban lugar a grandes conmociones, y otras, cuando se esperaba la tragedia, terminaba todo en agua de borrajas. Así es que a la desesperada ambos dijeron que habían estado en la Isla, un parque natural al que el río rodeaba, y que se habían quedado dormidos. Por primera vez Silverio comió en la cocina. La señora le dio la orden de que su madre se presentara en la casa al día siguiente. Silverio tenía muy claro que aquello estaba dando las boqueadas. No preparó a su madre sobre lo que la esperaba, y allí de pie, delante de doña Teresa, en el salón contiguo al comedor, hubieron de aguantar los dos el chaparrón sobre la suciedad de Silverio, sus incorregibles picores de cabeza, sus calvillas incipientes, avisos ciertos de tiña. «¿Ves esas escamas amarillas en el pelo —decía—, no ves cómo se rompe? Yo no puedo exponerme a que contagie a mis hijos. Llévale al hospital esta misma tarde, que le corten al cero y que le den yodo». Como si ella fuera el médico.

No volvió a ver el comedor macizo y fresco, ni a las niñas Zúñiga ni a Julián. No volvió a verlos a pesar de que durante semanas, hasta bien entrado el curso, paseaba casi furtivo su infamante cabeza rapada por San Antón. Eso sí, todos los días, a la hora de comer golpeaba con el llamador el portal de los Zúñiga, le abría Hortensia y sin que mediara palabra alguna le entregaba la tartera. Silverio tenía la obligación de salir corriendo, pero al doblar la esquina siempre volvía la vista hacia la parte de arriba de la casa, con la esperanza de ver a Julián o descubrir una señal suya. Pero parecía habérselo tragado la tierra. Sin embargo, su madre acabó alegrándose del arreglo de la tartera, gracias a la cual Silverio pasaba un poco más de hambre y sus hermanos un poco menos.

**José Antonio Gabriel y Galán**